

Curada que fué su herida, había vuelto á sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo, solo, por las regiones menos habitadas de París, sin encontrar alguna aventura.

II

DE CÓMO LA TÍA PLUTARCO
NO ENCONTRABA DIFICULTADES PARA EXPLICAR
UN FENÓMENO

Una noche el niño Gavroche no había comido y recordó que tampoco había cenado el día anterior, lo que era ya muy pesado. Tomó, pues, la resolución de buscar algún medio de cenar. Fuese á dar vueltas más allá de la Salpêtrière, por los sitios desiertos, donde se encuentran las albricias; por donde no hay un alma suele encontrarse algo, y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus anteriores excursiones había visto allí un viejo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y que tenía un regular manzano. Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, de donde se podía coger una manzana. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió á Adán podía salvar á Gavroche. El jardín daba á una callejuela solitaria sin empedrar y costeadada de malezas que esperaban se hiciesen casas, y estaba separada de los edificios por un seto.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frute-

ra y examinó el seto: un seto no es más que un salto. Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta; la hora era magnífica. Gavroche saltó y se detuvo de repente. Se oía hablar en el jardín y Gavroche se puso á mirar por un hueco del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto por el otro lado, precisamente en el punto en que le hubiese hecho caer el salto que meditaba, había una piedra tendida que servía de banco; en este banco estaba sentado el viejo del jardín, y delante, de pie, la vieja.

La vieja refunfuñaba; Gavroche, que era poco discreto, escuchó:

—¡Señor Mabeuf!—decía la vieja.

—¡Mabeuf!—pensó Gavroche;—me choca ese nombre.

El viejo interpelado no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

—¿Qué? tía Plutarco.

—¡Tía Plutarco!—pensó Gavroche;—otro nombre que me choca.

La tía Plutarco volvió á hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación.

—El casero no está contento.

—¿Por qué?

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará á la calle.

—Y me irá.

—La tendera quiere que se la pague; ya no fia leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

—Hay sol.

—El carnicero nos niega el crédito y no quiere dar carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo á cuenta y dice que, si no hay dinero, no hay pan.

—Bueno.

—¿Y qué comeremos?

—Nos quedan las manzanas del manzano.

—Pero, señor, no se puede vivir así sin dinero.

—¡Y si no lo tengo!

La anciana se fué y el anciano se quedó solo meditando. Gavroche meditaba por otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fué que, en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo. Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

—¡Calla!—exclamó interiormente,—¡una alcoba!—y se agachó. Estaba casi recostado en el banco del señor Mabeuf; oía casi respirar al octogenario.

Y entonces, para comer, trató de dormir. Sueño de gato, sueño de un solo ojo. Adormeciéndose Gavroche, sin embargo, espiaba.

La blancura del cielo crepuscular emblanquecía la tierra y la calleja formaba una línea pálida entre dos filas de oscuros arbustos.

De repente, en esta línea blanquecina, aparecieron dos sombras. Una iba delante y la otra á algunos pasos detrás.

—¡Dos personas!—murmuró Gavroche.

La primera sombra parecía de algún viejo encorvado y pensativo, vestido más que sencillamente, que andaba con lentitud á causa de la edad y que salía á pasear á la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, pequeña. Arreglaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubría la esbeltez y la agili-

dad. Aquella sombra tenía algo de huraña y de inquieta, y la figura de lo que entonces se llamaba un elegante; el sombrero era de buena forma, la levita negra, bien hecha y probablemente de buen paño y de talle ceñido. Elevaba la cabeza con cierta gracia robusta, y por debajo del sombrero se entreveía en el crepúsculo el pálido perfil de un adolescente. Este perfil tenía una rosa en la boca. Esta segunda sombra era muy conocida de Gavroche: era Montparnase.

En cuanto á la otra, no hubiera podido decir sino que era un viejo.

Gavroche se puso al momento en observación. Uno de los dos tenía evidentemente proyectos sobre el otro, y Gavroche estaba muy bien situado para ver el resultado. La alcoba se había convertido en un escondrijo.

Montparnase *de caza*, á aquella hora y en aquel lugar, era una cosa amenazadora. Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima del viejo.

Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Había de socorrer una debilidad á otra? Sería sólo dar motivo para que se riese Montparnase. Gavroche no dejaba de conocer que para aquel temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero, y el niño después, eran dos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo efecto el ataque brusco y repugnante: el ataque como el del tigre contra el asno, de la araña contra la mosca. Montparnase de improviso tiró la rosa, saltó sobre el viejo, le agarró del cuello, le acogotó y se engarabitó sobre él. Gavroche apenas pudo detener un grito. Un momento después, uno de estos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que

estaba en tierra era Montparnase; el que estaba encima era el viejo. Todo esto pasaba á algunos pasos de Gavroche.

El viejo había recibido el choque y le había devuelto tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos el agresor y la víctima habían cambiado de papel.

—¡Vaya un viejo fuerte!—pensó Gavroche.

Y no pudo menos de palmotear; pero fué un aplauso perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que estaban absortos y aturdidos, uno por otro, y mezclando su aliento en la lucha.

Quedó todo en silencio. Montparnase cesó de forcejear y Gavroche se dijo: —¡Estará muerto!

El viejo no había pronunciado una palabra ni arrojado un grito; se levantó, y Gavroche oyó que decía á Montparnase:

—Levántate.

Montparnase se levantó, sin que el viejo le soltase aún; tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos y sus oídos. Se divertía extraordinariamente.

Pero fué recompensado de su ansiedad de espectador, y pudo coger al vuelo este diálogo, que recibía de la obscuridad cierto sabor trágico. El viejo preguntaba y Montparnase respondía.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Eres fuerte y de buena figura; ¿por qué no trabajas?

—Porque me fastidia.

—¿Qué eres?

—Paseante en corte.

—Habla con formalidad. ¿Puedo hacer algo por tí? ¿Qué quieres ser?

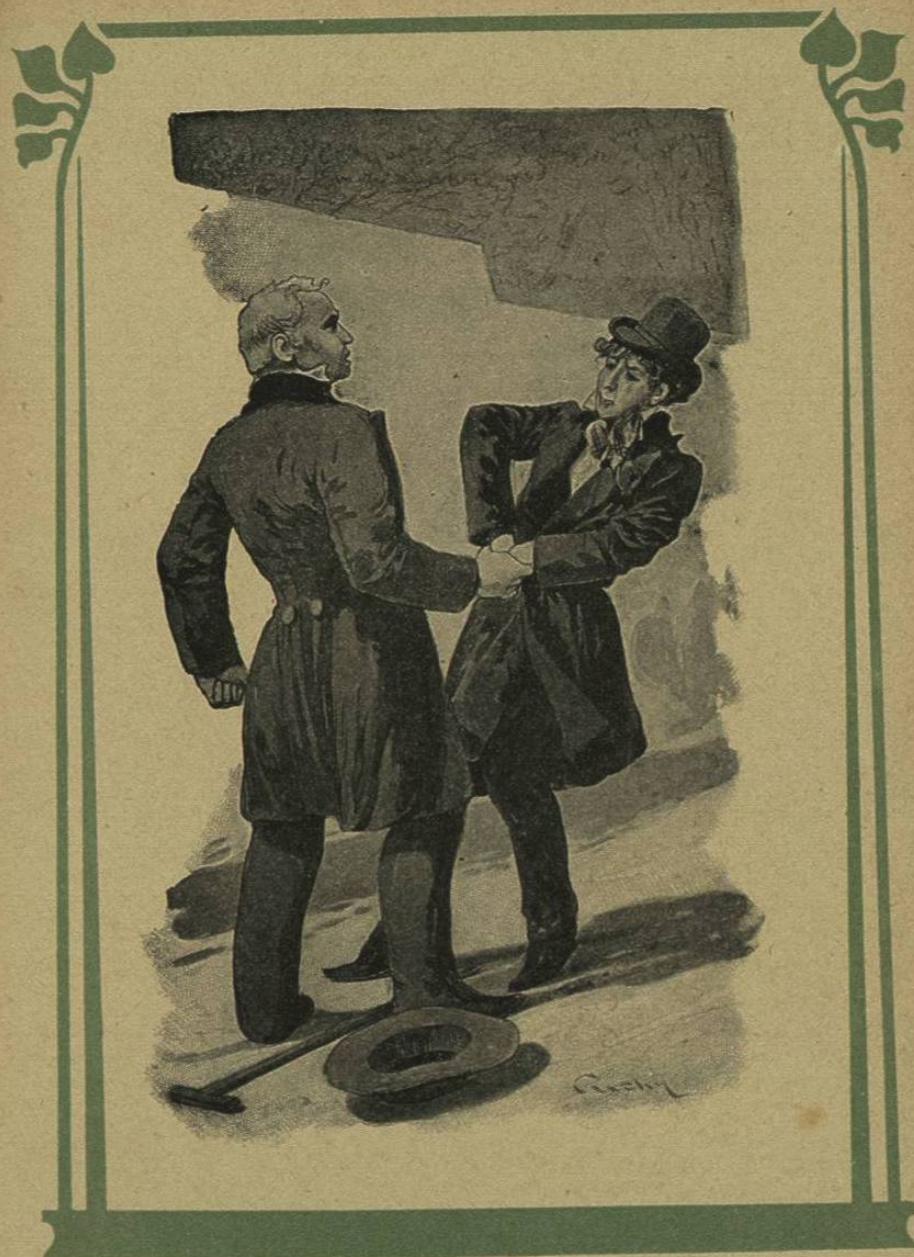
—Ladrón.

Hubo un momento de silencio; el viejo parecía estar profundamente pensativo; seguía inmóvil y no soltaba á Montparnase.

De cuando en cuando el joven ladrón, vigoroso y ágil, sentía el estremecimiento de la bestia cogida en una trampa. Daba una sacudida, ensayaba la zancadilla, retorció sus miembros y trataba de escaparse. El viejo aparentaba no notar lo y le tenía cogidas las dos muñecas con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditación del viejo duró algún tiempo; después, mirando fijamente á Montparnase, levantó con suavidad la voz y le dirigió en aquella sombra en que estaban una especie de alocución solemne, de que Gavroche no perdió ni una sílaba.

—Hijo mío: tú entras por pereza en la existencia más laboriosa. ¡Ah, tú te declaras holgazán! Pues prepárate á trabajar. ¿Has visto una máquina terrible? ¿El laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa feroz; si te coge el faldón de la levita, te lleva todo el cuerpo. Pues esta máquina es la ociosidad. Detente, porque aún es tiempo, y sálvate. De otra manera todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y, una vez cogido, no esperes nada. ¿Eres perezoso? No descansarás. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. Ganar tu vida, tener una tarea, cumplir un deber; ¿no quieres esto? ¿Te fastidia ser como los demás? Pues bien, serás distinto. El trabajo es la ley; el que le rechaza fastidiado le tiene por suplicio; no quieres ser obrero, serás esclavo. El trabajo sólo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro; no has querido tener el honrado cansancio de los hombres, tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás canten, tú gru-



...seguía inmóvil y no soltaba á Montparnase.

ñirás. Verás de lejos trabajar á los demás hombres y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marínero, el herrero, te se aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. ¡Qué radiación vista desde el yunque! El barco en libertad en el viento; ¡qué alegría! y tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! Tira de tu cabestro, bestia de carga, en el tiro del infierno. ¡Ah! ¿No hacer nada es tu objeto? Pues bien, no pasarás una semana, ni un día, ni una hora sin humillación. No podrás hacer nada sino con angustia; tus músculos crugirán en todos los minutos: lo que para los demás sea blanda pluma, será dura roca para tí. Las cosas más sencillas, serán escarpadas para tí; la vida en tu derredor, se convertirá en un monstruo. Ir, venir y respirar, serán para tí trabajos terribles; tu pulmón te hará el mismo efecto que si fuese un peso de cien libras. Ir allá ó acullá, te será un problema difícil de resolver. Todo el que quiere salir de su casa, no tiene que hacer más que empujar la puerta y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para salir á la calle, cualquiera, no tiene que hacer más que bajar la escalera; pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de este hilo sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio de bajar: tirarte. Tirarte á ciegas, en el precipicio, de una altura cualquiera, abajo, á lo desconocido; ó bien te subirás por un cañón de chimenea, con peligro de quemarte; ó te deslizarás por un conducto de letrina, con peligro de ahogarte. Y no te hablo de los agujeros que tienes que ocultar, de las piedras que tienes que quitar y poner veinte veces al día, ni de los pedazos de yeso que tienes que ocultar en el jergón. Se encuentra una

cerradura; el hombre honrado lleva en el bolsillo una llave hecha por un cerrajero. Tú, si quieres seguir adelante, estás condenado á hacer una obra maestra; cogerás un sueldo, le cortarás en dos láminas, y ¿con qué herramientas? Las tendrás que inventar; eso te corresponde. Después ahondarás lo interior de estas chapas, cuidando de no tocar á la superficie; harás al rededor la muesca de un tornillo, de modo que se ajusten exactamente una á otra, como una caja y su tapa, y que, atornilladas, no se sospeche nada. Para los vigilantes, porque estarás vigilado, esto será sólo un sueldo; para tí será una caja. ¿Y qué meterás en esa caja? Un pedacito de acero; un muelle de reloj, al que habrás hecho dientes y será una sierra. Con esta sierra, tan larga como un alfiler y oculta en un sueldo, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana y el grillo de la pierna; y hecha esta obra prodigiosa, realizados estos milagros de arte, de industria, de habilidad, de paciencia; si se llega á saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo. Este es tu porvenir. La pereza, el placer, ¡qué principios! ¡No hacer nada, es tomar un partido muy lúgubre! ¿Lo sabes bien? ¡Vivir ocioso de la substancia social! ¡Ser inútil, es decir, ser perjudicial! Esto conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que quiere ser parásito! Será la miseria del cuerpo social. ¡Ah! ¡No te gusta trabajar! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con una cadena rodeada á tus miembros, cuyo frío sentirás por la noche en la carne. Romperás esta cadena y huirás. Bien; pero te arrastrarás entre las matas y comerás hierba como los animales del monte. Y volverás á ser preso, y entonces pasarás los

años en un profundo patio, cercado de una muralla, buscando á tientas el jarro para beber; mordiendo en un horrible pan negro, que no comerían ni los perros; comiendo habas que los gusanos han roído antes que tú. Serás una corredera en una cueva. ¡Ah! ¡Ten piedad de tí mismo, niño miserable, joven que mamabas hace diez y siete años y que aún tendrás madre! Te lo suplico, escúchame. Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar en la cabeza perfumes, agradar á las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo á rape, te pondrán una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos y tendrás una argolla al cuello; y si miras á una mujer, te darán un palo. ¡Entrarás allí á los veinte años y saldrás á los cuarenta! Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes y dientes blancos y hermosa cabellera, y saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible y con el pelo blanco. ¡Ah, pobre niño! Te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas la penosa profesión de perezoso; no es cómodo ser ratero. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora y piensa en lo que te he dicho. Pero ¿qué querías? Mi bolsa. Aquí la tienes.

Y el viejo, soltando á Montparnase, le puso en la mano su bolsa, que Montparnase tuvo un momento en la mano tomándola á peso; después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si la hubiese robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su levita.

Hecho esto, el viejo volvió la espalda y siguió su paseo.

—¡Zopenco!—murmuró Montparnase.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Montparnase, estupefacto, miró cómo desaparecía en el crepúsculo; pero esta contemplación le fué fatal.

Mientras que el viejo se apartaba, Gavroche se aproximaba.

Gavroche, con una mirada de reojo, se había asegurado de que el señor Mabeuf, dormido tal vez, seguía en el banco, y saliendo después de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnase que seguía inmóvil. Así llegó hasta él sin ser visto ni oído, metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de la levita de paño fino, cogió la bolsa, retiró la mano, y volviendo á la rastra, hizo en la obscuridad una evolución de culebra. Montparnase, que no tenía motivo para estar en guardia y que estaba meditando quizá por primera vez en su vida, no notó nada. Gavroche, así que llegó adonde estaba el señor Mabeuf, tiró la bolsa por cima del seto y huyó á todo correr.

La bolsa cayó á los piés del señor Mabeuf. El ruido le despertó; se inclinó, la cogió y la abrió sin comprender nada. Era una bolsa con dos divisiones: en la una había algunos cuartos; en la otra seis napoleones.

El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó á su ama.

—Esto viene del cielo,—dijo la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO

— CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO